

CÁRCELES LABORDE, *Concepción: Educadores cristianos en la Edad Contemporánea. Estudio y antología de textos de siete autores*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2012, 253 pp.

Al igual que antaño entre los hidalgos o una parte de la nobleza, en la historia los ‘segundones’ siempre lo han tenido difícil. La necesidad de sintetizar nos conduce a menudo a concentrarnos en determinados autores que tradicionalmente se tienen por los más representativos o innovadores. La mayoría queda, sin embargo, en la penumbra, se los cita pero no se los lee, o acaban siendo por completo ignorados.

El libro que reseñamos es un eficaz antídoto contra esta peligrosa tendencia, y no sólo porque pretende reivindicar la aportación de siete pedagogos cuyas ideas tienen un claro interés. También porque les une un segundo rasgo que, en un mundo secularizado como el nuestro, los convierte en doblemente marginados: reflexionaron a partir de sus profundas convicciones religiosas, en concreto cristianas.

Si la Historia de Educación ha de ocuparse, entre otras cosas, de comprender cuál fue el modo de concebir la formación humana imperante en cada época, no es razonable limitarse a escudriñar un puñado de libros y olvidarse de los restantes. Por el contrario, habría que examinar el mayor número posible, si lo que se desea es alcanzar una visión de conjunto matizada y fidedigna.

Para lograrlo, no es necesario inventar ingeniosas y originales técnicas o descubrir recónditas fuentes, menos aún aplicar sutiles hermenéuticas. Basta leer con humildad y atención lo que insignes educadores dejaron escrito en multitud de libros que descansan en los anaqueles de nuestras bibliotecas. Y también hay que esforzarse por sumergirse en la sociedad y la cultura en la que vivieron.

Buena prueba de ello es el libro que reseñamos, cuya autora nos acerca a un selecto ramillete de pensadores pedagógicos injustamente preteridos. Lo hace con hondura pero sin prolijidad, con el rigor de quien ha investigado a fondo, con una mesura fruto de la paciente la reflexión y,

sobre todo, con ese afecto y ese respeto, no exento de espíritu crítico, de los que brota la comprensión histórica.

Para ello aplica un esquema común de interpretación en todos los capítulos. Tras una sucinta biografía, sitúa brevemente al personaje en su contexto y nos presenta sus obras, en particular la más representativa, que va a ser objeto de un detenido análisis. A continuación, en dos extensos apartados, nos proporciona las claves para comprender su pedagogía y permite hablar al autor estudiado en una antología de textos, provistos de título y cuidadosamente escogidos. Por último, en una breve sección, recoge los juicios que sobre él han emitido diversos filósofos e historiadores.

Ante nosotros desfila un admirable y vistoso cortejo, que muestra la riqueza, vitalidad y variedad de la pedagogía cristiana. Lo encabeza Bernhard Heinrich Overberg (1754-1826), un afanoso sacerdote alemán que se desvivió por mejorar la preparación de los maestros rurales. Viene luego Albertine Necker de Saussure (1766-1841), una dama de la alta burguesía, suiza y calvinista, que se apasionó por la formación moral de los más pequeños, aunque por sendas muy distintas de las de Rousseau. Llega después Simón Aguilar y Claramunt (1835-1900), un destacado catedrático de Escuela Normal, español y católico, que quiso iluminar la práctica educativa desde la Pedagogía General.

Les siguen cuatro intelectuales que vivieron las dudas y zozobras del tortuoso y contradictorio siglo XX. En cabeza viene Friedrich Wilhelm Foerster (1869-1966), un pedagogo harto singular, que abandonó sus convicciones liberales y racionalistas para convertirse a Cristo, aunque sin vincularse a ninguna Iglesia, con el afán de promover la formación del carácter. Comparece luego el cardenal Michel Eugène Dévaud (1876-1942), cuya principal preocupación fue intentar conciliar los postulados de la escuela nueva con los principios de la fe católica. Le sucede Gesualdo Nossengo (1902-1968), uno de los puntales del personalismo italiano, que tanto ha trabajado por dar solidez y coherencia a la pedagogía cristiana. Cierra la marcha Christopher Hugh Derrick (1921-2007), descendiente de

uno de aquellos significados y audaces anglicanos convertidos al catolicismo a principios del siglo XX, quien denunció con energía los estragos causados por el relativismo en la enseñanza y la cultura de nuestra época.

Tanto por la diversa filiación de los autores como por la multitud de aspectos de la educación que investigaron, este libro tiene algo de caleidoscópico y refleja hasta cierto punto la complejidad de la pedagogía contemporánea. Sin embargo, existe un sólido hilo conductor que le da sentido y unidad: nos permite comprobar que no es necesario renunciar a la fe para comprender la lógica profunda de la formación humana. No tengo duda de que, por su doble condición de humanistas y cristianos, los autores estudiados se tomaron muy en serio la tarea y fueron plenamente conscientes de ella.

Cuando todo —incluida la misma educación— parece ponerse al servicio del progreso material y la mínima integración social necesaria para que se produzca, es en extremo oportuno escribir, publicar y leer estas páginas. Deberían incitarnos y ayudarnos a reconsiderar nuestras plácidas certezas, a preguntarnos si realmente estamos a la altura de lo que declaramos pretender. Si comprendemos el calado de la empresa, la grandeza de nuestro oficio y la responsabilidad que asumimos. Si somos capaces de percibir con claridad las metas que deberían guiar nuestra labor y desentrañar —hasta donde resulte posible— los complejos y delicados mecanismos de la mediación pedagógica.

JAVIER LASPALAS